

razon herido vivamente del amor divino, el cual padece un martirio cuando tiene que privarse del trato y comunicacion de un Dios á quien ama, y sufrir la presencia de un mundo á quien aborrece.

Fué su amor generoso, impaciente, y ansioso por acreditar-se con costosos sacrificios. Si contemplaba á un Dios niño, recostado en un pesebre, vertiendo lágrimas; si meditaba en un Dios espirando en la cruz, se abrasaba su alma en nuevos incendios de amor: hervia su sangre en sus venas, anhelando por salir y bañar la tierra. ¡O quién le concediera haber nacido en los tiempos de la primitiva iglesia atribulada y perseguida! ¡cómo suspira por el acero de los tiranos! y no hallando otro arbitrio procura consolar-se substituyendo la imagen y representacion del martirio al martirio que no puede conseguir. Pero vanos é inútiles conatos, pues la representacion de un bien que no se concede, solamente sirve para aumentar su dolor. Por esto pasó san Juan de la Cruz su vida en lamentarse de no haber podido sacrificarla por Jesucristo, y de no haber podido añadir el deleite de morir al mérito de vivir solo para su Dios.

Y podré yo añadir todavía alguna cosa á lo dicho? Sí, católicos. Y qué? Que no se desvaneció con tanto cúmulo de gracias, con tanto tesoro de virtudes. Aquella humilde desconfianza de sí mismo, que es la última ciencia de las almas mas prudentes, fué la primera y principal de nuestro santo. Nunca se expuso á los peligros de perder su inocencia, porque los temió ántes de conocerlos, y jamas tuvo tanta confianza de sí mismo que dejase de temerlos. Qué mas? La opinion tan universal de santidad de una Teresa no basta para asegurar su virtud tímida y escrupulosa; y para formarse los primeros vínculos de una amistad tan santa y tan útil á la iglesia, fué necesario que interviniese la voluntad de Dios, declarada por la voz de su superior, para que cediesen á la obediencia las precauciones de su humildad: y al mismo tiempo que los prodigios de una vida tan fervorosa y tan penitente le granjeaban la veneracion y la confianza del pueblo, siendo él solo el que ignoraba su virtud, se contemplaba aun como un pecador, á quien los auxilios continuos de la gracia le detenian para no precipitarse en la culpa, y todo su estudio y su anhelo era esparcir en el público este concepto que tenia de su fragilidad; y como se le veía tan solícito de ocultar sus virtudes como de perfeccionarlas, dudábase

si era mayor el ansia con que deseaba adquirirlas, que el sobresalto con que temia su reputacion y aplauso. Los oprobios, los abatimientos, los desprecios fueron las mayores delicias de su corazon: y jamas se vió harto de ser desconocido y despreciado. Por esto si se le queria ver temblar y mudar de color, bastaba amenazarle con un elogio. Admirábase con razon en Juan de la Cruz aquella bondad, aquella extraordinaria benignidad con que lo sufría todo, con que lo excusaba todo. Pero no tenía fuerzas ni valor para sufrir una alabanza. Por esto si tal vez se le conoció alguna inclinacion, algun particular amor, ¿con quiénes pensais que le usaba? Con aquellos á quienes creemos nosotros que amamos suficientemente cuando no los aborrecemos. Ó hombres injustos y pérfidos, envidiosos y calumniadores de tan glorioso santo! Vosotros compraisteis sus beneficios con vuestros agravios, y cuanto ménos le amabais, mas seguros estabais de ser amados de él.

¿Es así nuestro corazon, amados oyentes míos? ¿somos nosotros tan generosos y tan agradecidos á los beneficios del Señor? Pensemos en las gracias que hemos recibido, en nuestras infidelidades é ingraticitudes: consideremos nuestras virtudes tan poco aceptables á Dios, y que tanto lisonjean nuestra vanidad. ¿Es posible que los dones del cielo han de servir solamente para fomentar nuestro loco orgullo, y para hacernos mas delincuentes? Ay! pensemos solo, á ejemplo de Juan de la Cruz, en merecer y en alcanzar las gracias que necesitamos, por nuestra fidelidad en corresponder á las gracias que recibimos; y si queremos añadir al fervor de una verdadera virtud los trabajos y frutos del celo, despues de haber considerado en san Juan de la Cruz el ejemplar y modelo de aquellas almas que viven segun las leyes de la vida espiritual, estudiemos y contemplemos en él la norma y ejemplar de los operarios evangélicos, que se emplean en promover la salvacion de las almas.

SEGUNDA PARTE.

Ministros del Evangelio, llamados por Dios para la conversion de las almas, hoy vengo á ofreceros un ejemplar consumado y completo con aquellas calidades y virtudes peculiares de vuestro estado. Bien sé que no puedo ofrecer á vuestra vista un nuevo mundo reengendrado en Jesucristo; ni pueblos enteros

conquistados á la iglesia, ni grandes designios, ni vastas empresas, ni estupendos sucesos, ni aquellas aceleradas y frecuentes conversiones de los antiguos y primeros apóstoles; pero yo os presentaré cosas de no menor importancia que las referidas: el talento con que san Juan de la Cruz ejerció el ministerio apostólico, y el valor con que practicó y adelantó la obra del ministerio evangélico. Continúadme vuestra atención.

Traed desde luego á la memoria las amenazas que fulmina el Espíritu santo contra los falsos profetas que decían: el Señor nos ha enviado, y el Señor no los envió. La ambición, la vanidad, la presunción desatinada, el celo bullicioso, los fines del propio interés, los intentos de la concupiscencia, las esperanzas mundanas, de que tantos escándalos resultan á la iglesia y tantas ignominias á la religion, han poblado el santuario de indignos ministros, que recibieron el ministerio evangélico sin otra vocación que su audacia sacrílega en usurparle. Si otros motivos mas puros y eficaces no hubieran obligado á san Juan de la Cruz á dejar la soledad, hubiera pasado la vida en el silencio y oscuridad del retiro. Vivía como otro Moisés en la cumbre del monte, tratando únicamente con su Dios y de su salvación; solo se acordaba de los hombres en su ferviente oración, cuando oyó una voz que le dijo: desciende al valle y registra los pecados de Israel: anda y anúnciale mi indignación. Obedece san Juan de la Cruz sin la menor repugnancia y sin la menor replica: deja la soledad, pero ¿con qué sentimiento? Es verdad que al considerar á su Dios vilipendiado, y sus hermanos expuestos á su perdición eterna, movido del celo y de la caridad se abraza con ansia con los molestos cuidados del ministerio apostólico; pero sin embargo en medio del bullicio del mundo, de los afanes y aun de los mismos consuelos y frutos de su celo, viven impresos en su memoria aquellos felices dias en que solo con Dios, su única ocupación era gemir sobre las ruinas de la ciudad santa: aquellos dias en que no reconocía otra obligación sino la de remediar las calamidades de la iglesia con el socorro de sus lágrimas y oraciones. De modo que el amor de la soledad en nada perjudica á la actividad de su celo, ni la actividad de su celo debilita en nada su amor á la soledad: él está pronto siempre á dejarla por obediencia, y á retirarse á ella por gusto y por inclinación; ni se ejercita en las funciones del ministerio evangélico sino porque Dios lo

quiere, ni permanece en él sino en cuanto Dios lo quiere. Y un predicador con estas disposiciones ¿qué otra cosa puede buscar sino á Dios? y cuando solo busca á Dios, ¿con qué nobleza, con qué independencia, con qué libertad, con qué autoridad, con qué gravedad, con qué decencia no ejercita la predicación! En vano el que la ejercite por motivos menos honestos procurará ocultar y disimular sus torcidos fines, pues su corazón lo declarará ya por un espíritu de política cobarde, de una vil é indecorosa condescendencia, afectando ignorar el pecado, ó disimulándole cuando hay que temer ó esperar algo del pecador; ya por un espíritu de interés, usando de excesivas atenciones con aquellas personas que reparten los premios, ú obedeciendo desdeñosamente y con dificultad la voz de la obligación, cuando esta se ha de cumplir en beneficio de la gente vulgar, que por su pobreza solo puede agradecer las doctrinas y piadosos documentos con la docilidad que los oye, con lágrimas de penitencia, con muestras de devoción: unas veces por cierto espíritu de vanidad y de desden, que sin embargo vemos envilecerse frecuentemente con la indecente baja que ofrece á los grandes obsequios que niega con dureza á los pequeños, desdeñando á todos aquellos en quienes no reconoce otra nobleza sino la adopción divina; ni otros títulos sino el de cristiano; ni otra fortuna sino la esperanza del cielo; ni otra grandeza ni brillantez, sino el purpúreo resplandor de la sangre de Jesucristo: otras veces por un espíritu de superficialidad y de disipación, que no tanto se propone edificar al mundo como conocerle; ni santificarle, como darse á conocer en él; ni llevarle á Dios, como adquirir sus aplausos; ni predicarle las máximas del Evangelio, como llenar un rato en que no se sabe qué hacer: muchas veces por un espíritu de envidia, con que se miran con ojos tristes, críticos y acaso malignos los progresos de otros predicadores, cuya ociosidad y negligencia en el cultivo de la viña del padre de familias se perdonarían mas fácilmente que sus talentos y su fama: y casi siempre por aquel espíritu de ambición, sediento por lucir, por distinguirse, por ganar créditos, y que contentándose con ser el objeto de la admiración pública, deja á los demás ministros del Evangelio el cuidado y celo de mover y convertir á los fieles.

Pero de cuán distinta naturaleza era el celo de san Juan de la Cruz! Él con entereza é intrepidez declama contra todos los vi-

cios, y se declara contra todos sus abusos. Tu, ó respeto humano, ó condescendencia con el mundo, ó vanas esperanzas, ó terror del amor propio, ó amenazas y oprobios, vosotros todos os desharéis contra este muro de bronce, y seréis testigos de que el hombre que teme y ama verdaderamente á Dios, no reconoce ni otro temor ni otro amor! Como su celo era vigilante, activo, laborioso, ningun proyecto acobarda á este varon santo, ningun trabajo le fatiga, ningun contratiempo le turba. Como era grave, decente, digno de la majestad de su origen, nada omitia de lo necesario, nada emprendia inútil, anteponia la satisfaccion del mundo á la quietud de la soledad: anteponia siempre la quietud de la soledad á las conversaciones y pasatiempos del siglo: anhelaba por ocupar el tiempo fructuosamente, nada temiendo tanto como perderle. Como era verdadero, sencillo, pacífico, aplaudia con sinceridad de corazon los frutos y aplausos ajenos. Como era ilimitado, comun, universal, no conocia aquellas odiosas distinciones entre alma y alma, y si preferia algunas, era las de los pobres y humildes. Como era humilde y modesto, sus pláticas y sermones, desnudos de elegancia, no se vestian ni engalanaban sino con las gracias de la sencillez evangélica; cuando predicaba, no se proponia otro fin sino que los oyentes pensasen en Dios, procurando olvidarse del orador. Como era tan desinteresado y desasido, solicitaba con ansia el trabajo con que evitaba la ociosidad. La norma de su conducta fué esta máxima que repetia frecuentemente: no quiero yo que me paguen los hombres lo que procuro hacer por Dios. Pagáronle sin embargo los hombres abundantemente su celo y fatigas apostólicas; pues mostrándose obedientes y dóciles á sus documentos y exhortaciones, le ofrecian agradecidos el único obsequio y tributo digno de las atenciones y del corazon de un apóstol, que eran unas costumbres mas cristianas, unos corazones contritos y humillados, y unas lágrimas amargas de verdadero arrepentimiento.

Con efecto ¿cómo era posible resistirse á la fuerza suave pero eficaz de su elocuencia? Eran sus palabras unos rayos vivos y penetrantes que disipaban las nubes, unos dardos de fuego que abrasaban las almas. Los entendimientos ilustrados y convencidos se rendian; las conciencias llenas de turbacion y temor santo renovaban con amargura la memoria de sus culpas pasadas: y todo el hombre compungido y atónito, no acertaba sino

á temblar, á gemir, á llorar y á convertirse. El talento singular, el mayor talento y el mas eminente que requiere el ministerio de la predicacion, ¿sabeis cuál es? Saber hablar de Dios. Este talento pues poseía san Juan de la Cruz en grado muy eminente. Con Juan de la Cruz, decia santa Teresa, no se puede hablar de Dios, porque enajenado todo, prorumpia luego en aquella elocuencia sagrada de Pablo. Al oír solamente el nombre de Dios, se encendia su amor, y con sus ímpetus le arrebatava, y todas las cosas con él. Allí era oírle pensamientos sublimes, nobles y elevadas ideas, expresiones enérgicas y patéticas, que todas nacian de su corazon. Amemos como él, y sabremos hablar como él.

Y cuando la vehemencia de sus palabras hallase resistencias, ¿qué obstinacion por dura que fuese no se hubiera rendido á la autoridad de un discurso corroborado con ejemplos tan persuasivos? Él era un hombre crucificado que predicaba á Jesus crucificado. Vedle salir de Duruelo, primer monasterio y cuna de su órden, para sembrar la divina palabra por aquellos lugares comarcanos, desnudo de pié y pierna, pisando nieves y hielos, atravesando con riesgo de la vida los arroyos hinchados con las lluvias, pudiendo arrastrar apénas por caminos impracticables la carga de su cuerpezuelo, desfallecido con el cansancio, extenuado con los ayunos, consumido con las vigiliass; sus ojos caídos, su rostro pálido y desfigurado, su voz débil y desmayada. Con todo eso apénas abre la boca, cuando ya se enternecen los oyentes y casi se convierten: su presencia deja poco que hacer á sus exhortaciones: los corazones se franquean espontáneamente á los afectos que intenta excitar en ellos, anticipándose al oficio de las palabras; y para conseguir la conversion de los mas insignes pecadores no necesita sino pedirla: *Crucifixus crucifixum prædicat*. Destinadle sus superiores á un convento distante, en tiempo tan inclemente, que junto con las fatigas de viaje tan largo, pudiera temerse la pérdida de la salud mas robusta. Los rigores de la penitencia apénas le dejaron un soplo de vida. Quieren detenerle sus hijos, que se estremecen al pensar en la ausencia funesta de un padre tan santo, que solo les dejara ejemplos que seguir, y frias cenizas que regar con sus lágrimas. Ay, amados hijos míos, les dijo! Con qué vergüenza os predicaré la obediencia, si yo rehusó obedecer?

¡Ay de nosotros los ministros del Evangelio, que mostramos

á los demas los caminos que nosotros no andamos! ¿de qué nos aprovechará delante de Dios haber santificado al pueblo, si no nos santificamos á nosotros mismos? ¿esperamos por ventura salvarnos con los méritos ajenos á falta de los propios? ¿pensamos que las virtudes á que exhortamos á los demas, suplirán por la virtudes de que carecemos? O por mejor decir: ¿de qué aprovecharán á nuestros hermanos los santos documentos que les predicamos, si los contradecemos con nuestros ejemplos? Cuando el mundo nos oye, se conmueve, se estremece; pero cuando el mundo nos mira á las manos y á las obras, se aquieta y se tranquiliza; y si tal vez aplaude nuestros sermones, no imita nuestra conducta. No por cierto, no es propio sino de los santos el hacer santos; y confesemos aunque sea con dolor, que los defectos del orador cristiano contribuyen frecuentísimamente para que se conserven y se perpetúen los excesos del pueblo. Bien sé que nuestro ejemplo no justificará su rebeldía y sus delitos; pero no nos engañemos: eso mismo que no bastará para excusarle, bastará para condenarnos á nosotros: si nuestras costumbres fuesen el pretexto y ocasion de los vicios del pueblo, nosotros seremos castigados por sus culpas y por las nuestras; en lugar de que este nuestro fiel discípulo de Cristo crucificado será galardonado por las virtudes en que se ejercitó, y por las que hizo ejercitar á otros: *Crucifixus crucifixum prædicat.*

Es tambien llamado á otro ministerio todavía mas difícil, en cuyo desempeño se manifestaron de lleno sus insignes calidades; esto es, al gobierno y direccion espiritual de las almas. Pide este ministerio solo casi todas las virtudes, y casi todos los talentos: todas las virtudes, para no perderse; y todos los talentos, para encaminar á los demas al cielo. Me atreveré á levantar el velo que oculta los peligros del santuario? os lo diré, ó indiscretos é imprudentes directores? Veo que tal vez os complacéis con la dignidad de vuestro estado, pero no olvidéis, os ruego, sus peligros; porque cuán de temer es que ese celo tan fructuoso para el bien espiritual de los demas, no se convierta para vosotros en ocasion de ruina; que no os perdais por los caminos de los pecadores, por donde andais con el intento y solicitud de apartarlos de las sendas de sus iniquidades; y que por un cambio fatal, al mismo tiempo que les inspirais virtudes, no adopteis sus vicios! ¿Os referiré individualmente

con los maestros de la vida espiritual esas aficiones ménos puras, esas condescendencias mundanas, esas atenciones aseglaradas, esas conexiones habituales, esas correspondencias afectuosas que recíprocamente y sin entenderlo se insinúan é introducen poco á poco en un corazon ya enternecido, y dispuesto á inspirar y recibir confianzas? Os advertiré con el Apóstol, que si el ministerio es divino, el ministro es hombre, y que el fuego de la mas encendida caridad se convierte en... Suspendo aquí la lengua. Porque la malignidad de este perverso y corrompido siglo, tan inclinado á escandalizarse de todo y á autorizarse con todo, nos impide proferir ninguna de aquellas expresiones libres é ingenuas que el candor y la inocencia de los primeros cristianos permitian al celo de nuestros padres y de nuestros maestros. Pero aquello que la prudencia nos obliga á callar, nos obliga mucho mas á temerlo.

Caben pues en este ejercicio y ministerio peligros muy inminentes, pero que solamente los santos los temen. Ármanse contra ellos de modestia, de recogimiento, de atencion frecuente sobre el estado de su alma, de oracion continua, de vigilancia pronta y severa en sacudir, en ahogar todo afecto que no procede de la gracia, que no inspira el Espíritu santo. Huyen asimismo de toda conexion sospechosa, de toda conversacion tierna, de todo trato festivo con las personas cuya direccion fió el cielo de su gobierno: no las hablan, ni las dejan hablar sino de Dios: saben merecer su confianza, pero evitan su familiaridad: imprimen en la misma afabilidad, en la afabilidad mas apacible y mas propia para merecer su atencion, un carácter de gravedad santa y majestuosa, la mas á propósito para conciliar y conservar su respeto. Y sin embargo de tantas precauciones apenas tuvo san Juan de la Cruz por segura su inocencia.

Por esto añadió á las precauciones que aseguran la virtud del ministro, las virtudes que hacen fructuoso el ministerio. Esto es, paciencia para sufrir y esperar al pecador; fortaleza para destruir el pecado y las raíces del pecado; severidad sin acrimonia y sin dureza; condescendencia sin flaqueza y sin cobardía; vigilancia y perspicacia para no sufrir nada imperfecto; prudencia y cordura para no pedir nada imposible; discrecion de espíritu para conocer los artificios del amor propio y de la falsa devocion, para no equivocarse nunca los deseos de la vanidad con los efectos de la gracia, ni las ilusiones del príncipe de

las tinieblas con las obras maravillosas del Espíritu y Padre de las luces; conocimiento íntimo y perfecto de los arcanos de la vida espiritual. Juzguémoslo por la estimacion que hacia de nuestro gran director santa Teresa de Jesus: yo buscaba, dice, luz, consejos prudentes, resoluciones seguras, y todo lo hallaba en Juan de la Cruz. Qué doctor tan ilustrado seria pues, qué profundo en la ciencia de la perfeccion evangélica un hombre que fué digno de ser consejero, maestro y director de una Teresa! Juzguémoslo tambien por los monumentos que nos quedan: obras dignas de que en su estudio se ocupen perpetuamente los ministros del santuario: obras en que este director tan ilustrado, este maestro tan profundo en los caminos y arcanos de la vida interior, les descubre, para que no se dejen seducir de una alma que engaña ó que está ilusa, todos los ardidés de la hipocresía, todas las astucias del demonio, todos los delirios del entendimiento, todos los devaneos de la imaginacion, todos los desatinados sueños del orgullo, todos los errores de una crédula simplicidad: obras en que declara á los directores poco instruídos, para que no detengan en los caminos comunes de la virtud á las almas que Dios quiere levantar á un grado mas sublime, el órden de los influjos divinos, los primeros movimientos de la gracia, las inspiraciones que anuncian los designios de Dios, las sequedades, los desconsuélos que acrisolan el alma, los escrúpulos que la traen inquieta, los desabrimientos que la consumen, los miedos que la estremecen, la paz que la consueta, las delicias que la embriagan, el amor que la abrasa y la enajena: obras en fin que la iglesia reputa por uno de sus mayores tesoros.

Traed á la memoria, católicos, las disputas que se suscitaron en el siglo pasado, y que se terminaron por una auténtica y solemne decision. Disputaban dos prelados, uno de los cuales bastaba para gloria y ornamento de la Francia, del verdadero espíritu de la mística; y discordes casi en todos los puntos, se conformaban solamente en que los dictámenes de san Juan de la Cruz debían ser la regla de los suyos, supuesto que nada se podia añadir á lo que él supo, ni en cuanto dijo se ofrecia nada que reprobar. Dichoso tal operario evangélico, que ejercitó el ministerio de la predicacion con tantas virtudes y talentos; y mas dichoso todavía, si camina sin flaquear por las penosas sendas del celo apostólico.

La iglesia de Jesucristo nació con la sangre de su Esposo, su cuna fué mil veces ensangrentada con el cuchillo de los tiranos; y debe su incremento y propagacion á la sangre de los mártires. Y desde entónces y en todos los tiempos sucesivos el destino de los que forman grandes empresas en beneficio de la misma iglesia, parece que no es otro sino estar expuestos y sujetos á grandes tribulaciones.

Habia suscitado Dios en España una vírgen, que fué ornamento de la iglesia y honra de su siglo. Fué dotada de un entendimiento claro, despejado, perspicaz, con la prenda de saberlo decir todo con naturalidad y gracia, con el arte de persuadir aun cuando no puede convencer, con el de conseguir lo que cree se la habia de negar, con el de insinuarse en los corazones de los que llevados de sus pasiones se oponen á sus intentos, y con el de disipar las preocupaciones, hablando con ingenuidad y con el corazon en las manos. Entendimiento sólido y juicioso, que entregándose al cuidado de las cosas grandes, y no despreciando las pequeñas, no duda posponer los negocios de corta entidad á los grandes y sustanciales: entendimiento constante, que camina con paso siempre igual tras el logro de sus empresas: nada extraña, porque lo tiene previsto todo; nada le perturba, porque á todo se sobrepone. Entendimiento que sabe juntar la prudencia con la sencillez del Evangelio, que segun las circunstancias se adelanta y retrocede, se oculta y se manifiesta, cede y resiste, suspende los progresos de un negocio, para asegurar mejor su logro, muda de conducta sin mudar de intento, y toma otro camino para llegar al mismo término. Fué dotada de un corazon noble, generoso, intrépido; con amar el trabajo, arrostra los peligros, desprecia los infortunios, se aventura á todo cuando ve que ya no hay casi que esperar, y nunca se manifiesta mas inalterable que cuando todo lo teme. Sus virtudes cristianas y sus dones de la gracia fueron infinitamente superiores á los dones de la naturaleza: su amor de Dios el mas fino y mas heróico, su celo el mas desinteresado y mas ardiente, su deseo de abatimientos y trabajos insaciable, sus luces sublimes, sus éxtasis frecuentes: en fin una oracion entera no bastaria, no digo yo para ponderar, sino ni aun para numerar sus virtudes. Pero yo me engaño: porque en una sola y única palabra se comprende su mas completo elogio, pues son tales los aplausos y tanta la veneracion con que la